



**Martin SIEFF.** La gente de Hong Kong disfruta de uno de los más altos estándares de vida de cualquier ciudad en Asia continental. Desde que fueron reabsorbidos pacíficamente en China continental en 1997, han confundido a interminables profetas occidentales de la fatalidad: estos afirmaron falsamente que Beijing no mantendría sus solemnes compromisos de paz y seguridad en la ciudad y el territorio. Sostuvieron que la posición histórica de Hong Kong como uno de los grandes centros de negocios de Asia y el mundo se destruiría rápidamente. Nada de eso ocurrió.

Pero la prosperidad de Hong Kong para las generaciones venideras está en peligro ahora, y la amenaza manifiestamente no proviene de Beijing.

Las protestas masivas por una mayor democracia y libertad continúan. Y siguiendo una sombría dinámica que se remonta a más de dos siglos a la Revolución Francesa, nunca pueden quedar satisfechos.

Cuanto más la administración de Hong Kong dirigida por Carrie Lam y el gobierno nacional chino en Beijing buscan evitar el uso indebido de la fuerza y provocar bajas, las manifestaciones se vuelven más violentas lenta e implacablemente, más amplias y más radicales y también sus demandas de libertades políticas, aunque son invariablemente vagas y mal definidas.

Predigo aquí, simple y claramente, que no importa cuántas concesiones supuestamente por la libertad se otorguen, nunca satisfarán a los manifestantes y a los gobiernos occidentales que, al menos, los están utilizando como títeres y peones políticos. Todo lo que se puede lograr es crear una atmósfera de miedo, inseguridad y violencia: eso es tóxico para atraer la Inversión Extranjera Directa (IED) y también la inversión regular del resto de China.

Por lo tanto, la economía de Hong Kong se hundirá, mientras que el desempleo y el sufrimiento económico crecerán. Luego, se alentarán a quienes lo padecen a culpar al mismo gobierno que ha buscado tanto y tan duro para evitar que ocurran desastres.

Hablo con una autoridad particular sobre estos asuntos: Hace medio siglo, cuando era un adolescente irlandés, vi el mismo tipo de protestas destruir para siempre la paz y la prosperidad de uno de los centros industriales más avanzados en la faz del planeta en la ciudad de Belfast

Las lecciones que aprendí entonces le servirían mucho a la gente de Hong Kong hoy antes de que provoquen un desastre inimaginable.

Las protestas violentas populares contra las autoridades nunca traen paz: solo traen guerra, casi siempre en una escala que ninguno de los manifestantes soñó cuando salieron a las calles.

La prosperidad nunca aparece. En el mejor de los casos, hay desempleo y desesperación masivos a medida que las empresas locales y la inversión nacional huyen del territorio durante décadas y generaciones. No construyes fábricas ni contratas trabajadores para ellas cuando la fábrica se queme en uno de los interminables enfrentamientos que pronto seguirán.

La «libertad» que exigen los manifestantes es ilusoria. Es el oro de los tontos: es la fantasía de la riqueza al final del arco iris que nunca se encuentra.

La enorme ventaja económica de Hong Kong durante casi 180 años bajo el primer gobierno británico y durante las últimas dos décadas de gobierno autónomo chino ha sido que ha sido un lugar seguro, predecible y seguro para hacer negocios con China continental y con la región en general.

Pero eso ya no es cierto: cuanto más duran las protestas y cuanto más amplias y serias se vuelven, más se erosiona esa ventaja incalculable ante nuestros ojos.

Cuando era un niño, mi padre los domingos por la mañana me llevaba con orgullo al astillero Harland & Woolf en Queen's Island para ver algunos de los vehículos de movimiento más grandes del mundo: buques de carga gigantes, petroleros, portaaviones y cruceros.

Mi padre estaba orgulloso de su hijo, pero también estaba orgulloso de su ciudad: Belfast seguía siendo el centro de construcción de barcos más grande del mundo. El gran astillero en su apogeo empleó a 35,000 trabajadores. Enormes ríos de personas fluirían de un lado a otro en el puente sobre el río Lagan todos los días mientras sus trabajadores fluían hacia y desde sus centros de trabajo. Pero durante la mayor parte de los últimos 50 años, casi todo se ha convertido en un páramo industrial poblado solo por fantasmas.

La paz finalmente regresó a Irlanda del Norte después de 30 años de lucha civil, pero ya era demasiado tarde. El gran astillero nunca se recuperó y nunca revivió. Lo que se había hecho no se podía deshacer.

Si estos disturbios continúan, ese será el destino de Hong Kong también. Casi dos siglos de crecimiento y prosperidad se marchitarán y morirán.

Esta no es una predicción descabellada. Es equivalente a una inevitabilidad matemática: hay un maremoto implacable del destino en el patrón de crecientes protestas políticas que se convierten en una revolución violenta que solo puede ser contenida por el uso de la fuerza militar.

La Guerra Civil en Irlanda del Norte se desencadenó, a veces horriblemente, a veces más moderada, desde 1968 hasta el histórico Acuerdo del Viernes Santo de 1998. Mi vieja y querida amiga, la Secretaria de Estado británica para Irlanda del Norte Marjorie «Mo» Mowlam fue la figura clave que impulsó las negociaciones. Ella minó su salud al hacerlo. Luego, una serie de parásitos políticos, desde el presidente estadounidense Bill Clinton hasta el primer ministro británico Tony Blair, estaban ansiosos por acaparar todos los elogios y el crédito por ellos mismos años más tarde, cuando Mo yacía muriendo de un tumor cerebral.

Las décadas que siguieron al colapso de la ley y el orden en Irlanda en 1968-1972 fueron las más sombrías en la problemática historia de la isla desde la Gran Hambruna de la década de 1840. El historial del gobierno británico de manipulación secreta y participación en excesos

oscuros y crímenes durante esos años no le da a Londres una posición moral hoy para dar una conferencia a China sobre cómo manejar los disturbios en Hong Kong o en cualquier otro lugar.

Nunca esperé ver el final de una guerra aparentemente interminable en Irlanda en mi propia vida. Gracias a los trabajos desinteresados de Mo Mowlam y los de innumerables figuras británicas e irlandesas grandes y pequeñas, finalmente llegó la paz. Los manifestantes de Hong Kong también deben dar un paso atrás, respirar profundamente y hacer una pausa para pensar mucho antes de emprender el mismo camino condenado y horrible.